

(Des)apegos apasionados: juventud y esfera pública en Guadalajara

J. Igor Israel González Aguirre
El Colegio de Jalisco

1. Cfr. Rogelio Marcial. *Jóvenes y presencia colectiva*. Introducción al estudio de las culturas juveniles del siglo xx. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1997. También véase Rogelio Marcial. *Desde la esquina se domina*. Grupos juveniles: identidad cultural y entorno urbano en la sociedad moderna. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1996.

2. Eco analiza la lectura de los *comics*, el mito de *Superman* y el papel de los medios audiovisuales, entre otras cosas. En este sentido, el mencionado autor se plantea el problema central de la doble postura ante la cultura de masas: la de los apocalípticos, que ven en ella la "anticultura", es decir, una especie de "caída irrecuperable", y la de los integrados, los que desde un optimismo exacerbado, creen que vivimos en una globalización del marco cultural. Cfr. Umberto Eco. *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Lumen, 1990. En el presente texto se hace uso de ambos términos para señalar una pertenencia o una disidencia de los actores con respecto a lo político, porque me parece que la dicotomía *apocalípticos/integrados* metaforiza de manera clara los marcajes que han influido en la investigación de lo juvenil en México.

Sin duda, en la Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG) existen jóvenes quienes con sus prácticas interpelan al Estado, demandando mayores espacios de representación y participación política. La pertenencia a campos de acción más o menos formalizados es una constante entre ciertos sectores de la población juvenil de dicha ciudad. Ello se observa tanto en los jóvenes que se vinculan de manera activa con organizaciones ambientalistas o de izquierda (i.e. *Greenpeace* o el Frente Zapatista de Liberación Nacional), como en los que pertenecen a grupos culturales como los conformados por los *taggers*, los *anarcopunks*, los *ravers* y los *chavos banda*, entre otros.¹ Por otra parte, existen grupos que se encuentran *incorporados* de lleno a la institucionalidad formal del sistema: desde los jóvenes que se integran a los sectores juveniles al interior de los partidos políticos, hasta aquellos que pertenecen a agrupaciones religiosas que operan a nivel de la comunidad o el barrio.

Más allá de una visión que estereotipa y reduce la relación de los jóvenes con la esfera pública a dos grandes sectores; es decir, que mira a los jóvenes como *apocalípticos* o como *integrados*,² se pone de relieve la relativamente escasa involucración de la juventud en la dimensión formalmente institucionalizada de lo político. Así, tanto la emergencia de modos alternativos de participación y disidencia, como la aparente apatía y el extrañamiento de los jóvenes con respecto del campo político, precisan estructurar nuevas miradas

para analizar los vínculos y las rupturas entre los actores y la esfera pública.

Esa especie de “desapego apasionado”³ con el que algunos jóvenes *miran* a la esfera pública formalmente institucionalizada se hace visible, de manera frecuente, en el fluir de las prácticas y discursos juveniles. Esto es así porque, entre la juventud, *lo político* se tematiza o se ignora intencionalmente de modo fragmentario y efímero a lo largo del día, junto con otros cientos de tópicos. En la medida en la que los ámbitos de indecibilidad se convierten en parte constitutiva de los mundos de vida juveniles, nos vemos obligados a repensar las nociones tradicionales de *lo político*. Como veremos más adelante, los posicionamientos que los jóvenes adoptan frente a aquello que los interpela, así como la rutinización y tematización de *lo político* inciden, entre otras cosas, en la configuración de las culturas políticas de los jóvenes ciudadanos. A su vez, éstas influyen en las formas que adopta la democracia.⁴ Por ello, en lo que sigue se analizarán los discursos y prácticas de algunos jóvenes que no pertenecen a campos de acción formalizada, es decir, que no son *ni apocalípticos ni integrados*.

¿De qué (no) hablan los jóvenes cuando (no) hablan de política?

Las instituciones se crean y actualizan de manera cotidiana en el ámbito de la interacción humana. No son entidades que tienen una existencia tangible y compuesta por una serie de valores y creencias que *están ahí* en el mundo, sino que están marcadas por la contingencia y la situacionalidad.⁵ La esfera pública es el ámbito en el que las instituciones se construyen y actualizan constantemente. Por ello, más que los valores y las creencias en sí, es de crucial importancia analizar la relación que los sujetos establecen con *sus* valores y *sus* creencias, así como los entornos en las que esto es enunciado o en los que se prefiere no hacerlo.⁶ Esto es así porque también aquellas reglas del juego de la democracia que no se verbalizan (i. e. la civilidad, el tacto para conducirse en la vida diaria) resultan cruciales para el entendimiento del campo político.⁷

3. Retomo la sugerente metáfora del “desapego apasionado” del título de un texto de Žižek titulado “5. (Des)apegos apasionados, o Judith Butler como lectora de Freud”. Cfr. Slavoj Žižek. *El espinoso sujeto*. El centro ausente de la ontología política. Argentina: Paidós, 2001, pp. 263-330.
4. Cabe señalar que encuentro un instrumento analítico adecuado para este tipo de análisis en la idea de *culturas políticas juveniles*. Entiendo lo anterior como el conjunto de prácticas, actitudes e ideologías que remiten a los posicionamientos de los sujetos juveniles frente a los ámbitos de indecibilidad que los interpelan. Aunado a ello, parece pertinente aclarar una diferencia fundamental entre *lo político* y *la política*. Por una parte, esta última puede verse como un complejo social separado, es decir, como un subsistema de relaciones sociales, el cual está en interacción con otros subsistemas (i. e. la economía, la burocracia). Por otra parte, *lo político* es un “momento de apertura”, de indecibilidad, en el cual se cuestiona el principio estructurante o la forma fundamental del pacto social. De esta forma, el campo político estaría abierto y *doblemente inscrito* y podría ser visto como algo que se construye desde el mundo de la vida cotidiana.
5. Cfr. Richard Rorty. *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona: Paidós, 1991.
6. Cfr. Katherine Cramer Walsh. *Talking about Politics*. Informal groups and Social Identity in American Life. Chicago: Chicago University Press, 2004.

7. Cfr. Nina Eliasoph. *Avoiding Politics. How Americans Produce Apathy in Everyday Life*. 2ª ed. Reino Unido: Cambridge University Press, 1999. pp. 19 y 20.
8. Cfr. Anthony Giddens. *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*. California: University of California Press, 1986.
9. Cfr. Juan Manuel Ramírez Sáiz. "La construcción de ciudadanía colectiva en Guadalajara, 1990-2001". *Espiral*. Estudios sobre Estado y sociedad. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, vol. ix, núm. 28, septiembre-diciembre, 2003. pp. 179-210.
10. Cabe aclarar que el cambio de partido en la gubernatura del estado no necesariamente implica que "antes", con los gobiernos priístas, las cosas eran distintas. Para ilustrar lo anterior, referimos a una obra realizada por encargo de la presidencia municipal de Guadalajara y escrita por Fernando Martínez Réding, titulada *Los tapatíos. Un modo de vivir*, tanto en el título como en la dedicatoria, que a la letra dice: "A mi mujer y a mis hijos, tan tapatíos en sus virtudes y sus defectos", se denota el carácter esencialista y homogéneo que se le imputa al estereotipo que delimita aquello que es *ser tapatío*. Cfr. Fernando Martínez Réding. *Los tapatíos. Un modo de vivir*. Guadalajara: Ayuntamiento de Guadalajara, 1987. p. 332.
11. Vid. Rogelio Marcial. "Jóvenes en diversidad. Ideologías juveniles de disenso: discursos y prácticas de resistencia". Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2002 (Tesis de Doctorado).

En este sentido, la pregunta por la subjetivación de lo político en el mundo de los jóvenes, ya no puede ser respondida por los relatos clásicos que iniciaban con la adolescencia y terminaban con el ingreso del joven en el mundo laboral y, por extensión, en la adultez. La diversidad que caracteriza a las narrativas juveniles evidencia una amplia brecha entre las necesidades de este sector poblacional y el proyecto unitario planteado por el Estado. Puede decirse que la importancia de las prácticas cotidianas y la rutinización de la vida diaria en la articulación de lo político adquieren una relevancia crucial en tanto veta de análisis.⁸

Si bien la experiencia de lo democrático y la construcción de ciudadanía no son fenómenos totalmente nuevos, sí puede decirse que en Jalisco ello se intensificó desde mediados de los años noventa debido a varios conflictos locales: la explosión del drenaje central de la ciudad (abril de 1992), el asesinato del cardenal Posadas (en 1993) y la alternancia partidista (en 1995).⁹ A raíz de estos y otros factores, la transición a la democracia y las transformaciones que se experimentan en *lo político* adquieren matices interesantes en esta parte del occidente de México.

Específicamente con respecto a la relación entre juventud y esfera pública en la ZMG, puede decirse que con la llegada de Acción Nacional a la gubernatura del estado se profundizaron y fortalecieron los estereotipos que determinaban la norma de lo que era *ser joven* en Jalisco:¹⁰ se privilegiaron la "integración" y la "incorporación"; se cerraron importantes foros culturales y se estigmatizaron ciertas expresiones juveniles; se agudizó la emergencia de culturas juveniles que proponían alternativas a lo que era planteado por parte del Estado y sus instituciones; se puso de relieve, pues, la existencia de algunas *ideologías juveniles de disenso*.¹¹

Pero ¿de qué manera(s) se tematiza lo político entre aquellos "jóvenes promedio", es decir, que no están adscritos a campos de acción formalmente institucionalizados? ¿En qué [otros] lugares y situaciones es posible acceder a las relaciones entre

juventud y esfera pública? ¿Cómo entender estas nuevas formas de mirar *lo político*? Para ofrecer una posible respuesta a las interrogantes que dan cuerpo a este documento, recorro al trabajo de campo que he venido realizando desde finales del 2003 a la fecha.¹² La mayor parte de éste se ha llevado a cabo en los lugares públicos en donde los jóvenes se desenvuelven habitualmente (i. e. escuelas, tianguis cultural, canchas de fútbol, bares, etc.). En la medida de lo posible, se ha buscado apelar a la diversidad en términos de género, de clase y de adscripción –y de no adscripción– a distintos grupos culturales.¹³

En este sentido, la vida cotidiana ofrece lugares “inesperados” en los que es posible observar lo anterior. De acuerdo con una concepción abierta del campo político, un evento que parecería de menor relevancia (en comparación, por ejemplo, con la manifestación de 30 mil jóvenes protestando pacíficamente por el incremento al transporte público realizada en fechas recientes)¹⁴ se transforma en un suceso significativo, gracias a que ilustra cómo se constituyen los efímeros vasos comunicantes entre lo privado y lo público; cómo lo político (que no necesariamente la política) toca el ámbito de la vida cotidiana de los jóvenes. Para ilustrar con un ejemplo, remitámonos a lo ocurrido durante la inscripción a los talleres de música impartidos por la Escuela de Música de la Universidad de Guadalajara.

Las inscripciones a dichos talleres se realizaron los días 19 y 20 de marzo de 2005, en las instalaciones de la mencionada Escuela, en el centro histórico de la ciudad. Cerca de las nueve de la mañana, antes de que abrieran las ventanillas en donde se expedirían las fichas de inscripción, la situación transcurría de manera normal y sin mayores contratiempos. La fila era larga y la componían entre doscientas y trescientas personas, jóvenes en su mayoría. Había también algunos adultos que inscribirían a sus hijos pequeños. La fila comenzaba en un amplio ventanal, ubicado en la fachada del edificio de la Escuela.

12. Me refiero a mi proyecto de tesis doctoral, el cual se titula: “Y sin embargo se mueve. Cultura(s) política(s) juvenil(es) en Guadalajara”.

13. Entre los sujetos que he entrevistado se encuentra un empresario (28 años), un baterista de un grupo de rock (21 años), una secretaria (22 años), un *rager* (27 años), un ama de casa (25 años) y varios estudiantes de preparatoria, de entre 17 y 18 años.

14. Cfr. Bruno López *et al.* “Procede ‘freno’ contra aumento”. *Mural*, Guadalajara, 19 de marzo de 2005, año 7, núm. 2307, pp. 1A y 1B; y Margarita Valle, “Amenaza FEU tomar camiones”. *Mural*, Guadalajara, 20 de marzo de 2005, año 7, núm. 2308, pp. 1A, 1B y 2B.

15. El costo de las fichas de inscripción es de diez pesos.

La venta de las fichas de inscripción comenzó poco después de las nueve treinta de la mañana¹⁵. La fila avanzaba a paso lento. Según algunas versiones, había gente formada desde antes de las seis de la madrugada. De modo que con el objeto de identificarse, algunos decidieron dibujarse un número en alguna parte visible del cuerpo. “Por si se empiezan a querer meter en la fila”, señaló divertido un joven ante mi interrogación al respecto. “Así vamos a saber quién llegó temprano”, puntualizó. Llevaba escrito, con tinta azul, el número seis en la mejilla derecha. Una mirada más atenta me hizo darme cuenta que otros portaban sus respectivos números en el brazo o en la palma de la mano.

Un asunto que pudiera parecer de menor relevancia resulta en extremo significativo. La delimitación de un *ellos* con respecto de un *nosotros* mediante la ostentación de una marca en el cuerpo constituye uno de los componentes fundamentales de la concepción abierta del campo político. Es precisamente en los límites de esta frontera en donde tienen lugar la negociación y el conflicto de la vida cotidiana. La *práctica* de hacer visible esta identificación representa la elección de una postura y un posicionamiento con respecto a una situación concreta. A la vez, remite a un saber al que los actores acuden en contextos similares. Así, el “por si se empiezan a querer meter en la fila” pone de relieve cuando menos dos aspectos cruciales de la relación entre el sujeto y la esfera pública: 1. Un conocimiento profundo de las prácticas que realizan ciertos actores en el campo –político– de la vida cotidiana; y 2. Tanto la legitimación de un orden (i. e. llegar temprano; hacer fila; esperar el turno) como su posible ruptura (“*por si se empiezan a querer meter*”).

La anticipación del quiebre del orden se cumplió: quince minutos después de que comenzó la venta de las fichas de inscripción, la capacidad de quienes las expendían quedó rebasada por la demanda. Adquirir una ficha se tornó un proceso lento y pesado. Pronto fue evidente la necesidad de que desde la Institución

se tomara alguna medida. Alguien –no se supo bien quién– soltó el rumor de que se abriría una ventanilla adicional para agilizar el trámite. Ante ello, la fila que hasta entonces había guardado orden se desarticuló por completo. Hubo quienes incluso corrieron para alcanzar un lugar cerca de la nueva ventanilla. Esto provocó que en el área donde se expendían las fichas se formara una aglomeración que trastocó el orden que hasta entonces había prevalecido.

Como resultado de esta ruptura quedaron, pues, dos filas de extensión considerable: una se abría hacia el este, hacia el Hospicio Cabañas; la otra hacia el templo de San Agustín, al oeste. A ello se sumaba un creciente amontonamiento de personas en el centro de ambas filas, justo frente al ventanal en el que se expedían las fichas de inscripción. Esta situación fue aprovechada por algunos para hacerse de una ficha sin necesidad de formarse. El joven que traía el número seis dibujado en la mejilla fue uno de los primeros en recurrir a esta práctica.

Con lo anterior comienza a perfilarse que entre algunos jóvenes y el orden formalmente instituido se establece una relación ambigua y pragmática. Sin duda, el contexto influye de manera fundamental en la sanción, positiva o negativa, de una determinada práctica por parte de un mismo sujeto: si colocarse un número en el rostro implicaba una aceptación del acuerdo establecido y la legitimación del orden; romper con ello representaba un momento de indecibilidad en el que el mencionado joven recurrió a su saber práctico para renegociar su postura frente a la situación. El contexto había cambiado en un instante y fue necesario ajustarse a las nuevas circunstancias. Ello pone de relieve la extrema complejidad de un campo político que requiere ser abordado desde nuevas ópticas, más allá de las coyunturas electorales.

Otro ejemplo ocurrido en el mismo evento ilustra de mejor manera lo anterior. A un costado mío estaba un joven de veinticinco años aproximadamente. Éste se quejaba indignado de que algunos aprovecharan la

confusión que se había generado para obtener una ficha sin formarse. Una señora y su hijo adolescente, los cuales habían dejado la fila original para ir a formarse en la nueva, estaban de acuerdo con él en su indignación. El joven al que me refiero vestía huaraches, pantalón de mezclilla y una camisa a cuadros. Traía una guitarra consigo. Fue a sentarse sobre una de las jardineras y se puso a entonar una canción. “Para que se nos baje el coraje”, dijo riendo. Tras finalizar su interpretación, se acercó a donde la gente seguía aglomerándose. Dudó un rato. Minutos después salió con la ficha en cuestión, y una sonrisa de satisfacción en el rostro. “Ahí los dejo”, se despidió de nosotros.

Varios jóvenes recurrieron a prácticas similares, lo cual se prolongaría cuando menos por media hora más. Así, una buena cantidad de sujetos que se “metieron”, evitando formarse en la fila, lograron adquirir sus fichas en cuestión de instantes. Cabe aclarar que esta conducta no era privativa de los jóvenes; también había algunos adultos (sobre todo mujeres) que se esforzaban por transgredir el orden y aprovecharse de la situación. Incluso, hubo algunos que salían hasta con diez formatos de inscripción para repartirlos entre sus amigos. Por una parte, ello provocó la irritación de aquellos que afirmaban estar formados desde temprano y traían dibujado sobre el cuerpo el número que lo comprobaba. Por otra parte, es pertinente señalar que la trasgresión del orden era aprobada por los acompañantes del trasgresor. Entre vítores y aplausos, el joven que lograba salir airoso con las fichas para el resto de sus compañeros y resistía a las protestas de las personas que sí habían permanecido en la fila, se convertía momentáneamente en un “héroe”.

A pesar de los gritos de: “¡que no se metan!, ¡que no se metan!” emitidos por quienes permanecían formados, la trasgresión fue recurrente. Ante las protestas y la confusión que todo ello generó, quienes despachaban las fichas optaron por detener el proceso aproximadamente durante una hora. Una mujer del personal administrativo de la Escuela de Música señaló

por altavoz —desde el interior del edificio— que no se venderían más fichas si no se restablecía el orden. Y por las protestas de quienes estaban ahí desde temprano, la funcionaria señaló que la segunda fila, de formación más reciente, no era válida; por lo que sería necesario que todos se formaran en la fila original. Como era de esperarse, las protestas no tardaron en aparecer. Mientras que los de la segunda fila se negaban a obedecer el mandato, en la primera se argumentaba que lo justo era que se atendieran primero a quienes habían llegado desde temprano. De cualquier modo, la aglomeración en la zona donde se expendían las fichas continuaba.

Con lo anterior se ponen de relieve dos aristas que ilustran cómo desde el mundo de la vida cotidiana se va construyendo la esfera pública. La primera tiene que ver con el contexto en el que se llevan a cabo las prácticas y cómo éste influye en la relación que se establece entre el sujeto y sus valores y creencias. Mientras que el orden se mantuvo, se logró llegar a un acuerdo en el que plasmar un número en alguna parte visible del cuerpo indicaba un pacto tácito desde el cual se respetaban las reglas del juego. Tras la ruptura del orden, es decir, tras el cambio de contexto, varios de los mismos sujetos que habían sido partícipes de tal acuerdo, otorgaron después una sanción positiva a las prácticas que ellos mismos estaban, en principio, deseando evitar.

La segunda arista está relacionada con el comportamiento de las personas que se vieron afectadas por la trasgresión a la norma. Aunada a la pregunta que interroga acerca del por qué se decide quebrantar el orden instituido, se abre otra quizá aún más interesante: ¿por qué no hubo una respuesta colectiva e inmediata ante la irrupción de la ilegalidad? La respuesta generalizada que obtuve fue, palabras más palabras menos, que era preferible “no meterse en problemas” (un rostro más del “desapego apasionado”). No me cabe duda que la rutinización —que no la simple suma— de este tipo de prácticas, actitudes y valores puestos en

juego, contribuye en buena medida a la construcción de los rasgos más institucionalizados del sistema.

Es evidente que casos como el descrito arriba no alcanzan una visibilidad mediática notable. Es por ello que su análisis adquiere una importancia crucial. Esto es así en la medida en que ponen de relieve, desde el ámbito de la vida cotidiana, tanto el funcionamiento de la política formal (en el sentido de la negociación del conflicto y la construcción de acuerdos), como la existencia de estructuras paralelas que revelan otras formas de vincularse con lo político. Se establece una relación ambigua y pragmática –un desapego apasionado– con factores como la corrupción, el orden, la justicia, la transacción y la negociación. Es precisamente en este ámbito en el que se construye a diario la esfera pública.

Pudiera parecer que lo anterior responde a una coyuntura específica. Sin embargo, me parece que es más bien un asunto de carácter estructural. En diferentes conversaciones que he sostenido con varios jóvenes se han puesto de relieve situaciones similares. Por ejemplo, ante mi pregunta acerca de lo que implicaba ser joven en una ciudad como Guadalajara, Enrique, un joven estudiante de dieciocho años, me decía: “Es algo diferente. Aquí está así como que a otro nivel que en muchas ciudades de la República. Es de las tres principales, Guadalajara. Pero...” Se abre un silencio denso. Éste será roto por la intervención de otro de los jóvenes a los que entrevistaba.

La experiencia me ha hecho aprender que el silencio que Enrique marcaba en la conversación implicaba el próximo abordaje de un asunto que resulta espinoso tematizar. En este caso en particular, resulta significativo en la medida en que muestra que la dimensión política se cuela en el fluir del discurso. Ello sugiere que los jóvenes adoptan un posicionamiento frente a lo que los interpela, más allá de su filiación política o de su adscripción a campos de acción formalmente institucionalizados. Al igual que en el caso descrito más arriba, la relación con las construcciones simbólicas que circulan en el campo político es ambigua, pragmática y tiene una vinculación estrecha

con los contextos en los que aquélla se enuncia. El rumbo que siguió esta conversación ilustra este punto. Luego del silencio abierto por Enrique, Pedro tomó la palabra:

Pedro: Igual y te la hacen de pedo los policías si andas pisteando. Pero les das una feria y se van a la verga.

Carmen: Sí, cuando pisteas en la calle. Lo malo es cuando te tumban feria, ¿no?

Enrique: No, ¿pos es lo bueno! [Risas generales]. Ah, es lo bueno [Enrique lo dice en un tono irónico, como cuestionándose a sí mismo. Luego adopta una postura más seria] Es que sí. La verdad, aquí todos son bien corruptos. La neta. Yo te lo digo porque noooo, pos la neta [todos esbozan una sonrisa que intuyo un tanto amarga, con lo que se marca un umbral tenso en el que los jóvenes entrevistados se identifican entre sí] yo tengo problemas bien machín con los pinches policías. Siempre ando pisteando en la calle, y la chingada. Y siempre que me basculean me encuentran algo. Por eso tengo acá que sobornarlos o correr. [Risas generalizadas. La tensión se relaja].

El desarrollo de esta conversación muestra una de las tantas maneras en que ciertos aspectos profundos que remiten a la esfera pública tocan lo privado, estructurando vasos comunicantes entre estos dos ámbitos. Más allá de las prácticas juveniles involucradas con la elección de un determinado estilo de vida, se observan algunas dimensiones del campo político que trascienden a lo formalmente institucio-nalizado y que dan cuenta de vetas analíticas interesantes. Al igual que ocurría en el caso de la inscripción a los talleres de música descrito más arriba, en esta conversación emergieron temas como la justicia y la corrupción, con los cuales se establece una relación ambigua y pragmática. Esto quedó más claro al abordar una temática relacionada con lo laboral, ya que los jóvenes con los que platicaba retornaban sobre este tipo de cuestiones:

Enrique: Volvemos por ejemplo al trabajo de los policías. Ahorita, la verdad, la situación está muy cabrona como para mantenerte con un sueldo de obrero. La neta, no la amas. A lo

mejor yo solo sí. Pero la gente que tiene hijos, tiene que pagar renta y muchas cosas, la neta, no la arma. Y por eso, no hay como un jale que, a lo mejor se oye mal, donde poder hacer patrañadas, para hacer finanzas. Porque del puro sueldo...

Pedro: ...el que no tranza no avanza. Es que estás hablando acá de México. Si estuvieras en Alemania o en Suiza, pues...

Virginia: Mi mamá a veces hace finanzas con las muestras médicas. Es dentista. Se las vende a güeyes de pueblitos que venden, como los de ahí por el Santuario.

Enrique: Es que es un bien para el pueblo, y para ellos. Igual y no está bien para el gobierno. Ellos [los que venden las muestras médicas] se alivianan económicamente y a las personas que se las venden también. Porque las venden hasta en la mitad del precio. Es un paro mutuo. Fuera de lo que es lo establecido por la ley o el reglamento. Pero es algo que, mientras beneficie al pueblo, pues no hay problema...

Pedro: Pero para el gobierno... Es cuando se queja.

Carmen: Pero igual y el gobierno no nos importa ahorita. Ellos no se preocupan por nosotros.

Lo que se evidencia en este tipo de conversaciones es que aspectos como la corrupción resultan adecuados en un contexto e incorrectos en otro. Las negociaciones que los sujetos establecen con sus valores y actitudes ilustran la enorme complejidad y la importancia que adquiere el análisis de la vida cotidiana y la manera en que desde ahí se va construyendo la esfera pública. La sexualidad, el cuerpo, la escuela, la familia, etc. constituyen nuevos lugares en los que lo político se condensa. En última instancia, la riqueza de abordar este tipo de situaciones radica en las preguntas que abren. Por ejemplo, ante la oportunidad que se les presentó a algunos jóvenes de obtener las fichas de inscripción de manera fácil: ¿por qué se ignoraron por completo las normas y se transgredió el orden? Al lograr obtener las fichas, los jóvenes triunfantes eran vitoreados por sus compañeros: ¿a qué se debe que estas trasgresiones se aprueben por algunos? ¿Por qué nadie protestó de inmediato ante esta evidente ruptura del orden? O en el otro caso, en el que extraigo fragmentos de lo que fue una larga entrevista, ¿a qué aspectos responde

la legitimación de la corrupción como una estrategia válida y casi necesaria para la subsistencia? ¿Por qué las figuras de autoridad (i. e. la policía, el gobierno) se perciben poco respetables o demasiado distantes?

A manera de reflexiones finales

Resulta significativo que temáticas tales como la justicia, el orden y la política resulten espinosas y generen cierta desconfianza entre los jóvenes, independientemente de su adscripción a un determinado grupo juvenil, o de su condición de clase y género. Puede decirse que algunos de los jóvenes que habitan la ZMG se interesan por la política en la medida en la que ésta logra vincularse de manera simbólica con los aspectos de la [su] vida cotidiana. En este sentido, frente a lo público, los jóvenes perciben una falta de representatividad que los “borra” del campo político formal. Pero ello no niega que dichos jóvenes “inventen” sus “propios modos” de relacionarse con dicho campo.

Finalmente, en la construcción discursiva de lo político hecha por los jóvenes con los que he tenido contacto, se enfatizan con mayor fuerza elementos que remiten a una exclusión sistemática y una falta de identificación con los proyectos juveniles emanados desde el Estado. Más bien, lo político formalmente institucionalizado es percibido por algunos de los jóvenes de la ZMG como una forma de control social que constriñe, que no deja margen de acción, que reprime, muchas de las veces, con violencia. Los jóvenes manifiestan su malestar con respecto a la política, al aludir a una especie de apatía hacia casi todo lo que tenga que ver con la esfera pública formalmente institucionalizada. Perciben que su visibilidad aumenta en la medida en la que se aproximan las coyunturas electorales, se sienten utilizados. De modo que, más que una “suspensión política de lo ético” —como podría calificarla Kierkegaard—, los jóvenes han ido desarrollando diversas estrategias para vincularse de manera pragmática y utilitaria con un campo político que aparece como extremadamente lejano.